

vechando una casualidad, expresa con una misma palabra dos conceptos distintos, el contraste que hemos visto producirse en el caso anterior, se produce aquí igualmente, aunque mucho más pálido y superficial, en razón á que no nace de la naturaleza de las cosas, sino del azar de una denominación idéntica. En la agudeza, la identidad está en el concepto, y la diferencia en la realidad. En el *calembour*, la diferencia está en los conceptos, y la identidad en la realidad, de la que forma parte el sonido de la palabra. Usando de una comparación que no tiene más defecto que el de ser rebuscada, podría decirse que el *calembour* es á la agudeza como la parábola del cono superior, cuyo vértice está hacia abajo, es á la parábola del cono inferior. El *quid pro quo*, que consiste en haber entendido mal una palabra, es un *calembour* involuntario; es á este lo mismo que una locura á una agudeza. El hombre duro de oído, como el loco, da con frecuencia ocasión de risa, y los malos autores cómicos se sirven muchas veces de él, á guisa de bufón, para excitar la hilaridad.

No he considerado aquí la risa más que desde el punto de vista psíquico; sobre su aspecto físico véase lo que he dicho en mi *Parerga*, vol. II, cap. 6, § 96.

§ 14.

Después de estas variadas consideraciones, que espero habrán hecho comprender la diferencia y la relación que media entre la forma de conocimiento de la razón, el saber, el concepto, por una parte, y por otra el conocimiento exacto, puramente sensible é inmediato de la intuición, así como la apercepción del entendimiento; después de haber expuesto incidentalmente mi teoría del sentimiento y de la risa, á los cuales nos conducía casi

inevitablemente el estudio de esta singular relación que existe entre nuestros modos de conocimiento—vuelvo al examen de la ciencia considerada como el tercer privilegio, que además del lenguaje y de la conducta premeditada, otorga la razón al hombre. Este examen de la ciencia que vamos á emprender se referirá en parte á su forma y en parte á la motivación de sus juicios, así como á su sustancia.

Hemos visto que, salvo los principios de la lógica pura, el saber, en general, no tiene su fuente en la razón misma, sino que tomado de otra parte bajo la forma de conocimiento intuitivo, es depositado en la facultad de reflexión, donde toma la forma, completamente diversa, de conocimiento abstracto. Todo *saber*, es decir, todo conocimiento que se eleva al estado de abstracción, está con la ciencia propiamente dicha en la relación de la parte al todo. Por medio de la experiencia y á fuerza de observar los fenómenos aislados, todo hombre llega á saber muchas cosas, pero sólo aquel que emprende la tarea de conocer en abstracto cualquier género de objetos, es el que puede aspirar á la ciencia. Por medio de los conceptos puede aislar aquel género de objetos. Al frente de toda ciencia hallamos un concepto, que separa una parte del conjunto de las cosas, de la cual promete darnos la ciencia en cuestión pleno conocimiento en abstracto; por ejemplo, la noción de las relaciones en el espacio, ó la de la acción recíproca de los cuerpos inorgánicos, ó la de la naturaleza de las plantas y de los animales, ó la de los cambios sucesivos efectuados en la superficie de la tierra, ó la de las modificaciones de la especie humana, considerada en conjunto, ó la de la formación de una lengua, etc.

Si la ciencia quisiera adquirir el conocimiento de su objeto, examinando aisladamente todas las cosas com-

prendidas en el concepto, para llegar así á conocer poco á poco el conjunto, la memoria humana no bastaría para ello, y, por otra parte, no se tendría jamás seguridad de haber agotado la materia. Por esto recurre á aquella propiedad de los conceptos, que ya hemos indicado, de hallarse contenidos los unos en los otros. Primero se apodera de las esferas más extensas comprendidas en el concepto de su objeto y determinando sus relaciones mutuas, quedan determinados al mismo tiempo todos sus elementos, determinación que va haciéndose cada vez más precisa á medida que elimina esferas de conceptos más restringidas. Sólo de este modo puede una ciencia abarcar enteramente su objeto. El procedimiento que sigue para llegar al conocimiento, pasando de lo general á lo particular, la distingue del saber ordinario. La forma sistemática es, pues, elemento esencial y característico de la ciencia. Saber encadenar las esferas de las nociones más generales de una ciencia, es decir, conocer sus principios más elevados, es condición indispensable para su estudio; después de esto puede llevarse tan lejos como se quiera el estudio de los principios de órdenes inferiores, lo cual no agregará nada á la profundidad de la erudición, y solamente la hará más éxtensa.

El número de estos principios superiores, á los cuales están subordinados todos los demás, varía mucho según las ciencias; en unas hay más subordinación, en otras más coordinación; bajo este aspecto las primeras exigen más criterio, las segundas mayor memoria. Los escolásticos sabían ya (1) que, como el silogismo exige dos premisas, ninguna ciencia puede deducirse de un solo principio primero que no se pueda á su vez deducir de otro, sino que debe poseer varios, dos por lo menos.

(1) Suarez, *Disputationes metaphisicæ*, dip. III, sect. 3, lit. 3.

Las ciencias de clasificación, la zoología, la botánica, y también la física y la química, en cuanto reducen todas las acciones inorgánicas á un corto número de fuerzas elementales, tienen mayor subordinación. En cambio la historia, á decir verdad, no la tiene apenas, pues lo que hay de general en ella consiste en el estudio de los períodos principales, de los que no pueden deducirse los hechos particulares. Estos no están subordinados más que en lo tocante á su sucesión, pero en cuanto á su contenido están coordinados; de ahí resulta que rigurosamente hablando, la historia no es una ciencia, sino un saber.

En las matemáticas, tratadas según el sistema de Euclides, los axiomas constituyen ciertamente los únicos elementos primeros indemostrables, y todas las demostraciones les están rigurosa y gradualmente subordinadas; con todo, este método no es esencial en realidad, cada teorema necesita recurrir todavía á una nueva construcción del espacio, independiente de las construcciones anteriores, y que puede muy bien ser conocida independientemente de ellas por sí misma, mediante la intuición pura del espacio, en la cual la construcción más complicada es tan evidente como el axioma. Más adelante insistiremos sobre este punto. Pero no impide lo anterior que cada principio matemático sea una verdad general aplicable á innumerables casos particulares. Las matemáticas tienen también por condición esa marcha gradual que va de los principios más simples á los más complicados, los cuales se reducen siempre á los primeros, así que son bajo, todos los aspectos, una ciencia. La perfección de una ciencia como tal, es decir, en cuanto á su forma, consiste en la mayor subordinación posible de los principios, unida á la menor coordinación. El talento científico, en general, es la facultad de subor-

dinar las esferas de los conceptos unas á otras en el orden de sus determinaciones, á fin de que la ciencia, como lo recomienda frecuentemente Platón, no se componga de una generalidad, seguida inmediatamente de variedad innumerable de casos particulares, colocados uno junto á otro, sino que el conocimiento vaya gradualmente de lo general á lo particular, pasando por conceptos intermedios y según divisiones basadas en determinaciones cada vez más restringidas.

En el lenguaje de Kant esto se llama cumplir en igual medida la ley de la homogeneidad y la de la especificación. Siendo este el carácter de la verdadera perfección científica, queda probado, por lo mismo, que el fin de la ciencia no es alcanzar una certeza mayor; pues ésta puede hallarse igualmente en el conocimiento aislado más fragmentario, sino que dicho fin es facilitar el saber asignándole una forma, y como consecuencia de ello, dar la posibilidad de llegar á la posesión de un saber completo. Se cree generalmente, pero es falso, que la cualidad característica del conocimiento científico consiste en su mayor certeza. Es igualmente falso pretender que sólo las matemáticas y la lógica son ciencias propiamente dichas, por ser las únicas que, dado su carácter *à priori*, poseen una certeza irrefutable en el conocimiento. Este último mérito no puede negárseles, pero no les da un derecho especial al título de ciencias, pues la cualidad científica no radica en la certeza, sino en el método sistemático del conocimiento, que desciende gradualmente de lo general á lo particular.

Esta marcha especial del conocimiento en las ciencias, que consiste en ir de lo general á lo particular, tiene por consecuencia necesaria que muchas cosas deben ser afirmadas por deducción de proposiciones anteriores, es decir, por pruebas. Esto es lo que ha dado origen al error

de creer que nada hay enteramente verdadero sino lo que está probado, y que toda verdad exige una prueba. Por el contrario, cada prueba necesita de una verdad no probada, la cual forma la prueba ó pruebas de la prueba. Una verdad establecida directamente es tan preferible á una verdad probada, como lo es el agua que se saca del manantial á la que se toma del acueducto. La intuición, ya sea puramente *à priori*, como la que forma la base de las matemáticas, ya empíricamente *à posteriori*, como la de las demás ciencias, es la fuente de toda verdad y la base de toda ciencia. (Hay que exceptuar á la lógica, que se funda en el conocimiento no intuitivo, pero sin embargo, inmediato, que la razón adquiere de sus propias leyes.) Los juicios que son para la ciencia lo que el sol para el universo, no son los juicios demostrados ni sus demostraciones, sino los que salen de la intuición directa y se fundan en ella por toda prueba: de éstos emana la luz, y para que los otros puedan iluminar, han de estar iluminados por ellos. La facultad del juicio, facultad que consiste en transportar fielmente y con precisión el conocimiento intuitivo á la conciencia abstracta, y que desempeña la función de intermediario entre el entendimiento y la razón, es la que debe establecer directamente, por la intuición, la verdad de estos primeros juicios, y extraer de la multitud de los objetos reales las piedras fundamentales de la ciencia.

Para hacer progresar realmente á la ciencia, se necesita una potencia de juicio inmensa, extraordinaria. En cuanto á deducir de las proposiciones otras nuevas y hacer demostraciones y silogismos, cualquiera es capaz de ello desde que tiene uso de razón. Pero depositar y fijar, para el servicio de la reflexión, en conceptos adecuados, los objetos del conocimiento intuitivo, de mane-

ra que por una parte, un sólo concepto abraza lo que tienen de común muchos objetos reales, y que por otra, lo que tienen de diferentes esté comprendido en otros tantos conceptos; haciendo por lo tanto que lo diferente, á pesar de la identidad parcial, sea conocido y pensado como diferente, y lo idéntico, á pesar de la diferencia parcial, como idéntico, todo ello en orden á un fin y según una intención previa, es la obra que efectúa el *discernimiento*, cuyo contrario es la *tontería*. El tonto desconoce, ya la diferencia parcial y relativa de lo que es, bajo cierto aspecto, idéntico, ya la identidad de lo relativa ó parcialmente diferente. Se puede, con arreglo á esta definición del discernimiento, dividirlo como lo hizo Kant, en discernimiento sintético y discernimiento analítico, según que pase de los objetos reales al concepto, ó de éste á los primeros, sirviendo, en ambos casos, de intermediario entre el conocimiento intuitivo del entendimiento y el conocimiento reflexivo de la razón.

No hay verdad alguna á la cual se pueda llegar exclusivamente por medio de silogismos; la necesidad de demostrarla por conclusiones, es siempre relativa y hasta subjetiva. Como todo argumento es un juicio, para sentar una verdad nueva, lo que hay que buscar no es un argumento, sino ante todo la evidencia directa, y sólo á falta de ella se procede provisionalmente á la demostración. No hay ciencia alguna que sea absolutamente demostrable, como edificio alguno puede estar construído en el aire; todas sus pruebas deben conducirnos á algo intuitivo, que no es posible probar. El mundo total de la reflexión tiene su base y sus raíces en el mundo de la intuición. Toda evidencia última, es decir, toda evidencia original es perceptible intuitivamente; su nombre lo indica ya. O bien es empírica, ó bien se halla basada sobre las condiciones, perceptibles *à prio-*

ri, de la experiencia posible; en ambos casos no suministra más que un conocimiento inmanente y no un conocimiento trascendente. Ningún concepto tiene valor y existencia más que en su relación (muy mediata tal vez) con una representación intuitiva: y lo que se dice de los conceptos es aplicable igualmente á los juicios que con ellos se forman y á todas las ciencias. Esto hace que deba haber un medio cualquiera de conocer, sin argumentos ni *sologismos*, sino directamente, toda verdad descubierta por deducciones y comunicada por demostraciones.

A la verdad, es difícil esto por lo que respecta á muchas proposiciones matemáticas complicadas, á las cuales llegamos mediante una serie de conclusiones, por ejemplo, el cálculo de las cuerdas y de las tangentes de arco, que se deduce del teorema de Pitágoras; pero ni aun una verdad de este género puede basarse esencial y únicamente sobre principios abstractos y las relaciones de dimensiones en el espacio sobre las cuales descansa han de poder evidenciarse por la intuición pura *à priori*, de tal manera que su enunciación abstracta se encuentre inmediatamente comprobada. Se tratará en seguida detalladamente de las demostraciones matemáticas.

Sé que se habla con frecuencia y en tono muy arrogante de ciencias que se fundan enteramente en conclusiones sacadas con exactitud de premisas ciertas, y que son, por lo tanto, irrefutablemente verdaderas. Pero aunque las premisas sean todo lo verdaderas que se quiera, no se llegará jamás á otra cosa, por medio de series de conclusiones, que á exponer y á dilucidar lo que se encuentra ya en las premisas; no se hará más que mostrar *explícitamente* lo que ya estaba comprendido *implícitamente*. Estas ciencias tan ensalzadas son, más que ningunas otras, las ciencias matemáticas y en particular la astronomía.

Mas la certeza de esta última se deriva de que su base primera es la intuición dada *à priori* (es decir, infalible) del espacio; de que las relaciones del espacio resultan unas de otras con una necesidad (principio de ser) que da la certeza *à priori*, y de que, por consiguiente, pueden deducirse con seguridad. A estas determinaciones matemáticas viene á unirse únicamente una sola fuerza física, la gravedad, que obra en razón exacta de las masas y del cuadrado de las distancias y, en fin, la ley de la inercia, cierta *à priori*, puesto que se desprende del principio de causalidad, así como el dato empírico del movimiento impreso, de una vez para siempre á cada una de estas masas. He aquí toda la materia de la astronomía, que por su sencillez y certeza conduce á resultados seguros y por la grandeza é importancia de su asunto ofrece el interés más elevado. Por ejemplo, conociendo la masa de un planeta y la distancia entre él y su satélite puede deducirse con certeza el tiempo de la revolución del último, con arreglo á la segunda ley de Keplero. El principio de esta ley es que á tal distancia no hay más que tal velocidad posible para mantener al satélite ligado al planeta, y para impedirle al mismo tiempo caer sobre él. Así que, sólo con semejante base geométrica, es decir, en virtud de una intuición *à priori* y con ayuda de una ley física, se puede ir lejos con razonamientos, pues aquí no son por decirlo de esta manera, más que puentes para pasar de una intuición á otra, pero no sucede lo mismo con las simples conclusiones deducidas por una vía exclusivamente lógica.

Sin embargo, el origen propio de las primeras verdades fundamentales de la astronomía, es la inducción, esto es, aquella operación mediante la cual se reúnen en un juicio exacto y directamente motivado los datos comprendidos en muchas intuiciones; sobre este juicio se

fundan hipótesis, que confirmadas por la experiencia (lo cual es una inducción que se aproxima á la perfección) vienen á probar la exactitud del primer juicio. Por ejemplo, el movimiento aparente de los planetas es conocido empíricamente; después de muchas hipótesis falsas sobre las relaciones de este movimiento en el espacio (órbita planetaria), se halló al fin la hipótesis verdadera; más tarde las leyes que las rigen (leyes de Keplero), y por último la causa de estas leyes (gravitación). La concordancia, experimentalmente comprobada, de todos los casos nuevos que se presentaban con estas hipótesis y con todas sus consecuencias, en otros términos, la inducción, es lo que les ha dado una certeza completa. El descubrimiento de la hipótesis era cuestión del discernimiento, que percibió con exactitud y formuló convenientemente el hecho de que se trataba; pero la inducción, ó sea una intuición múltiple, es la que ha confirmado la verdad. La hipótesis podría hasta comprobarse directamente por una sola intuición empírica, si pudiéramos recorrer libremente los espacios yuviésemos ojos telescópicos. Por consiguiente, en este mismo caso, los razonamientos no forman la fuente única y esencial; no son más que un recurso.

En fin, para dar un tercer ejemplo de otro género, haremos observar que las supuestas verdades metafísicas de la índole de aquellas que establece Kant en sus *Elementos metafísicos de la ciencia natural*, no deben tampoco su evidencia á pruebas. Lo que es cierto *à priori*, lo conocemos directamente y tenemos la conciencia necesaria de ello, por ser la forma de todo conocimiento. Por ejemplo, el principio de que la materia es permanente, es decir, que no puede crearse ni destruirse, le conocemos directamente á título de verdad negativa: nuestra intuición pura del tiempo y del espacio nos da á conocer la

posibilidad del movimiento; el entendimiento nos hace conocer, por la ley de causalidad, la posibilidad del cambio en las formas y cualidades, pero carecemos en absoluto de formas para representarnos una creación ó una destrucción de la materia. Así, la verdad antes citada, ha sido evidente siempre en todas partes y para cada uno, y jamás se ha puesto en duda seriamente; lo cual no hubiera podido ocurrir si no tuviera otro principio de conocimiento que la demostración, tan trabajosa y vacilante, de Kant. Pero, aparte de esto, todavía encuentro que la demostración es falsa, y he mostrado antes, que la permanencia de la materia se deriva de la participación del tiempo, y no de la del espacio, en la posibilidad de la experiencia.

La comprobación real de las verdades llamadas metafísicas bajo esta relación, es decir, de esas expresiones abstractas de las formas necesarias y generales del conocimiento, no puede hallarse, á su vez, en principios abstractos, sino en el conocimiento directo de las formas de la representación; conocimiento que se enuncia *à priori* por afirmaciones apodícticas á cubierto de toda refutación. Si con todo, quiere hacerse la prueba, ésta no puede consistir más que en demostrar que la verdad que se trata de probar está contenida en parte, ó en hipótesis, en otra verdad que no se pone en duda; así he mostrado, por ejemplo, que toda intuición experimental contiene ya la aplicación de la ley de causalidad, cuyo conocimiento es, por consiguiente, condición de toda experiencia y no puede ser dado y condicionado por esta última, como pretendía Hume. En general, las pruebas están destinadas á los que quieren disputar más que á los que estudian. Los primeros, niegan obstinadamente toda proposición establecida de un modo directo; pero sólo la verdad puede armonizarse constantemente con

todos los hechos; por lo tanto, se les debe hacer ver que conceden bajo una forma y mediatamente lo que niegan bajo otra inmediatamente; es decir, que hay que mostrarles la relación, lógicamente necesaria, que existe entre lo que niegan y lo que admiten.

Además, resulta de la forma científica, ó sea del método que consiste en subordinar lo particular ó lo general elevándose gradualmente, que la verdad de muchas proposiciones no está demostrada más que lógicamente, esto es, por su relación de dependencia con otras, ó sea por razonamientos que sirven al mismo tiempo de pruebas. Pero no hay que perder nunca de vista que esta forma no es más que un medio de facilitar el estudio y no de aumentar la certeza. Es más fácil conocer la naturaleza de un animal por su especie, y remontándose gradualmente, por su género, su familia, su orden y su clase, que estudiar á cada animal aparte; sin embargo, la verdad de todas las proposiciones deducidas por medio de razonamientos no es más que condicional, y depende siempre, finalmente, de una proposición fundada, no ya en un razonamiento, sino en una intuición. Si ésta estuviera siempre á nuestro alcance como lo está una deducción sacada del raciocinio, debería indudablemente ser preferida, pues deducir de conceptos, expone siempre á muchos errores á causa de aquella interferencia de las esferas de que hemos hablado antes, y de la determinación, incierta muchas veces, de su contenido.

De ello tenemos ejemplo en las demostraciones de tantas doctrinas falsas y de tantos sofismas de todas clases. Los razonamientos, en cuanto á su forma, son completamente ciertos, pero muy inciertos en cuanto á su materia, ó sea en cuanto á los conceptos, en parte porque las esferas de las nociones no están siempre claramente circunscritas, y en parte porque se cruzan

de tantos modos que una esfera está contenida parcialmente en multitud de otras y se puede pasar de una manera arbitraria de una á otra y continuar así, como hemos manifestado. En otra forma, el *terminus minor* y el *medius* pueden siempre estar subordinados á conceptos diferentes, de los cuales se elige á voluntad el *terminus major* y el *medius*; de donde resulta que la conclusión será diferente según el concepto elegido. En consecuencia, se debe preferir siempre la evidencia inmediata á la verdad demostrada, y no recurrir á ésta sino cuando habría que traer aquélla de muy lejos, pero jamás cuando está tan próxima á nosotros como la otra, ni, con mayor motivo, cuando está más cerca. Así, hemos visto antes que en lógica, donde el conocimiento inmediato está más á nuestro alcance en cada caso particular que el conocimiento científico deductivo, guiamos siempre nuestro discurso por el conocimiento directo que tenemos de las leyes de la razón y nos guardamos de recurrir á las reglas lógicas.

§ 15.

Hemos adquirido la convicción de que la fuente primera de toda evidencia es la intuición, y de que no hay verdad absoluta más que en la relación inmediata ó mediata con la intuición. Sabemos además que el camino más directo es el más seguro, puesto que toda intervención de conceptos expone á muchos errores. Si firmes en esta convicción nos fijamos en las matemáticas, tales como las constituyó Euclides en ciencia y como existen en su conjunto todavía, no podemos menos de hallar su método extraño y hasta absurdo. Nosotros queremos reducir toda demostración lógica á una demostración intuitiva; las matemáticas por el contrario, hacen grandes

esfuerzos para rechazar deliberadamente la evidencia intuitiva que les es propia y que tienen á su alcance, para sustituirla con la evidencia lógica. Me parece que esto es como si un hombre se cortara las piernas para andar con muletas, ó como aquel príncipe del *Triunfo de la sensibilidad*, que huía de la hermosa Naturaleza para deleitarse contemplándola pintada en una decoración de teatro.

Debo recordar aquí lo que he dicho en el capítulo 6.º de mi disertación sobre el principio de razón y suponer que el lector conserva presente y fresco el recuerdo de ello, á fin de poder relacionarlo con las observaciones que voy á exponer. No explicaré, por tanto, qué diferencia hay entre el simple principio de conocimiento de una verdad matemática y el principio de ser; éste es la relación inmediata, la única que conocemos intuitivamente; partes del espacio y del tiempo, cuya apercepción es lo que da satisfacción verdadera y conocimiento completo, mientras que el mero principio de conocimiento se queda siempre en la superficie y nos enseña *que la cosa es así*, pero jamás *porqué* es de ese modo.

Euclides, con gran daño de la ciencia, eligió el segundo camino. Desde el principio, por ejemplo, cuando hubiera debido mostrar cómo en el triángulo, los ángulos y los lados se determinan recíprocamente y son los unos causa y efecto de los otros, según la forma que reviste el principio de razón en el espacio puro, forma que, en esto como en todo, crea la necesidad de que una cosa sea tal como es, porque una cosa diferente de esta es tal como es; en lugar de darnos así una *apercepción* completa de la naturaleza del triángulo, sentó algunas proposiciones sueltas, elegidas arbitrariamente y dió un principio de conocimiento lógico por medio de una demostración fatigosa, basada lógicamente sobre el principio